

SUPLEMENTO INFANTIL

DE

EL BIEN PÚBLICO

oooooooooooo Mahón, 22 de Enero de 1925 ooooooooooooo

La fortuna de Ricardo

Ricardo de Berg era hijo único de uno de los principales capitalistas de cierto pueblecillo de Luxemburgo.

Alentado Ricardo con el pernicioso ejemplo, y aun con los consejos nada saludables de su padre, era muy raro el día en que iba a la escuela, y cuando lo hacía no prestaba atención ninguna a las explicaciones del maestro.

Pero como el joven de nuestro cuento era bastante listo, y el maestro tenía decidido empeño en que aprendiese algo, adquirió a fuerza de tiempo una pequeña instrucción que él creyó más que suficiente.

Entonces dejó por completo toda clase de libros, y se dedicó a la vida más holgazana que darse puede.

Al lugar donde con más frecuencia solía acudir Ricardo era al taller de Juan, bondadoso herrero que vivía enfrente de su casa.

Juan, además de ser un trabajador incansable, había servido en sus mocedades en el ejército y se distinguió por su valor y arrojo en multitud de encarnizadas batallas donde había ganado muchas cruces y distinciones.

Ricardo prefería la compañía de Juan mejor que la de otro alguno, porque éste, sin dejar de trabajar, contaba a nuestro joven una porción de anécdotas y episodios de la vida militar.

Como Juan era muy bueno, quiso animar a Ricardo al trabajo, pues le disgustaba mucho que un hombre joven y sano estuviese siempre sin hacer absolutamente nada.

Cierto día en que, como de costumbre, estaba Ricardo en casa del herrero, le dijo éste:

—Veo, amiguito, que le gusta a usted mucho el trabajo que estoy haciendo. ¿Por qué en vez de estar sentado no me ayuda usted y de este modo va a aprender el oficio, que aun cuando hoy no le sirva para nada, puede serle útil el día de mañana? Además de que la holgazanería es la madre de todos los vicios, trabajando se adquieren hábitos de orden y arreglo, y se robustece mucho el cuerpo. Ayúdeme, pues, y tal vez algún día se alegre de haberlo hecho, pues nadie puede prever lo que en lo porvenir nos espera.

—Tienes mucha razón—respondió Ricardo—; tu trabajo me gusta mucho, y si te ayudo estaré más distraído. Voy desde ahora mismo a poner en práctica el consejo y tú serás mi maestro.

—Pues a trabajar, querido, que todo lo que hoy puede hacerse no

hay que dejarlo para mañana. Quítese usted el abrigo, coja todos los instrumentos que le parezca y colóquese en el otro extremo del banco.

De este modo, y por vía de entretenimiento, empezó Ricardo a aprender el oficio. Como el joven era listo no tardó mucho tiempo en ser un obrero muy diestro, y llegó a tener una habilidad especial en la confección de clavos para zapatos.

Poco tiempo había transcurrido desde que Ricardo aprendió el oficio de herrero cuando ocurrió la muerte de su padre don Guillermo y entró aquél en posesión de toda su fortuna.

Al poco tiempo estalló una encarnizada guerra, y nuestro héroe, a quien Juan había enseñado el profundo respeto y veneración que a la patria se debe, tomó las armas y marchó en auxilio de los suyos para luchar contra los ejércitos invasores.

Al principio Ricardo iba de victoria en victoria; pero, como la fortuna es tornadiza de suyo, no tardó mucho en cambiar por completo la suerte de las armas, y Ricardo y los suyos se vieron obligados a retroceder, desocupando por completo el país.

Fué Ricardo a vivir en un pueblo donde los zapateros trabajaban con gran premura para los suministros del ejército y Ricardo se ganó la vida fabricando clavos hasta que terminó la guerra y pudo recuperar sus riquezas.

Hoy recordando lo que le había sucedido, dice a sus hijos que un buen oficio es el mayor tesoro que puede poseer el hombre.

Enanos célebres

En la Edad Media, y en la época moderna, hasta el siglo pasado había enanos en todas las cortes. Se les permitía que dijese cuanto se les ocurriera, y hubo un Rey en Dinamarca que, deseoso de saber la verdad, que todos sus Ministros y cortesanos le ocultaban, nombró Presidente de su Consejo a su enano. En la corte de Austria debíase tener a los enanos en mucha estima, cuando el viajero inglés Lady Montagu, hablando de ellos, dice que «eran diablos cubiertos de diamantes.» Carlos IX de Francia tenía nueve enanos; Catalina de Médicis, tres parejas de ellos, y después poseyó cinco pigmeos, llamados Melin, Mandricart, Pelvine, Rodomonte y Majoski. El último enano de la corte de Francia, fué Baltasar Simón, que murió en 1662. Pedro el Grande de Rusia tenía pasión por los enanos,

y dió una gran muestra de ello con la celebración del matrimonio de su favorito Valakoff con la enana de la Princesa Prescovia Teodorona; en aquella ocasión formaron la comitiva nupcial setenta y dos enanos de ambos sexos. A mediados del siglo XVI, el Cardenal Vitelli dió en Roma un suntuoso banquete, en el cual actuaron como servidores treinta y cuatro enanos. En Rusia duró mucho tiempo, y, como hemos dicho, aún existe, la pasión por los enanos; pero hubo que dictar una ley prohibiendo el matrimonio entre estos diminutos seres, porque la mayor parte de las pobres enanas morían en el alumbramiento.

Velázquez debió ser un gran apasionado de enanos, a juzgar por el número de retratos de ellos que ha dejado. El más célebre de los representados por el gran pintor, es quizás don Antonio el Inglés, cuyo retrato, acompañado de un enorme perro, figura en el Museo de Pinturas de Madrid.

En cuadros de Rafael, Veronés, Rubens, el Dominiquino y Mantegna, hay también retratos de enanos.

Entre los más nombrados de los tiempos modernos, merece mención especial «Bebe», cuyo verdadero nombre era Nicolás Ferri, que nació en Plaine, en los Vosgos, en el año 1741. No medía más que 22 centímetros, y lo llevaron en un plato a la iglesia para que lo bautizaran.

Cuando tenía cinco años se lo dieron al Rey Estanislao de Polonia, el cual le tomó un cariño extraordinario, aunque el niño no tenía inteligencia y fué idiota hasta que murió; a los 22 años de edad. La Princesa Etalmonit quiso educar al enanillo; se encariñó con ella y se puso tan celoso, que un día viendo que la señora acariciaba a una perrita, se la quitó de las manos y la tiró por la ventana, acusando a la Princesa de querer al animal más que a él. Uno de los grandes apuros de su vida, fué una tarde en que, paseando por el campo, se metió en un prado donde la hierba era más alta que él, y se perdió.

Rival de «Bebé» en el favor del Rey de Polonia, a quien acabó por dejar, fué el caballero Barulawski, que dejó escritas unas *Memorias* muy curiosas de su vida. Era muy listo, galante, de conversación agradable y enamorado en extremo. Sus grandes pasiones fueron una actriz francesa, que se burló de él después de recibir bien sus amores, y una doncella, también francesa, de su protectora la condesa de Humiecxka, con quien acabó por casarse, a pesar de la oposición de la noble señora, la cual, despreciada, lo despidió de su casa.

Carlos II el Hechizado, tuvo, lo mis-

mo que Felipe IV, mucha afición a los enanos. La condesa Aulnoy, en la relación de su viaje a la corte de España, dice:

«Cuando Sus Majestades se sientan a la mesa, no están rodeadas de cortesanos; todo lo más hay algunas damas, meninos y gran número de enanos.»

Entre estos últimos, el más notable fué Luisillo, de quien la condesa dice que era flamenco, de pequenez maravillosa y bien proporcionado, muy guapo y que tenía la inteligencia muy cultivada. Montaba perfectamente a caballo, y un día dijo muy serio que quería lidiar toros por amor a su señora doña Elvira, niña de 7 u 8 años, muy bonita y que tenía una historia en extremo romántica: su madre murió a bordo de un barco apresado por piratas argelinos, y llevada la niña a Madrid entre otros cautivos rescatados por los religiosos, violó la Reina, e interesándose por ella, se la llevó a Palacio, donde la hizo su favorita.

Owen Farrel fué un enano irlandés, que medía 1'13 metros, y cuyas fuerzas eran colosales. Podía con cuatro hombres, llevando a dos debajo de cada brazo. Vivió siempre portándose, hasta que antes de su muerte vendió por anticipado su cadáver al cirujano Omrod, por una pequeña renta que éste le pagaba por semanas, porque si se la pagaba por meses se la gastaba los primeros días, y el resto del tiempo se moría de hambre.

Anécdota curiosa

Miguel Angel, este célebre escultor y pintor italiano del que seguramente habréis oído hablar a vuestros mayores, es uno de los hombres que han vivido con mayor modestia, a pesar de que su posición le hubiera permitido desplegar un gran lujo.

Se cuenta de él que solo se alimentaba con pedazos de pan, que iba comiendo mientras trabajaba en su estudio, para no perder tiempo en hacer sus comidas como los demás mortales.

Un joven pintor hizo un cuadro bastante regular, habiendo tomado para su ejecución de todos los pintores conocidos una actitud o un trozo; orgulloso con su obra, se la mostró a Miguel Angel.

—Muy bien—le dijo el artista—perfectamente; pero, ¿qué llegará a ser de vuestro cuadro el día del juicio final, cuando cada pintor autor del trozo copiado reclame la parte que le pertenece?

Miguel Angel recibió muy satisfacto-

Lavados en seco
Colores finos y sólidos a la muestra
Lutos rapidísimos
Plisés, acordonados, watteaux,
etcétera
Se lavan, tiñen y rizan plumas
Lavado de renards y toda clase
de pieles
Vieillos, stors, cortinajes
y alfombras

TEINTURERIE A. CHATELAIN

BARCELONA

Representante en Menorca: VDA. DE J. SINTES

ANUNCIAY, 26. — MAHÓN

La preferida de la gente chic

Ni más cara ni más barata que cualquiera de las de primer orden; pero la más pulcra, rápida y exacta

Tantas expediciones como vapores correos

rios homenajes de más de doce Reyes y Emperadores, y se cuenta que una vez que se halló ante Carlos V, este orgulloso Emperador se levantó de su asiento, cosa inusitada, y dándole la mano al artista, le dijo:

—Me levanto para saludarte y te colmo de más honores que a los Jefes de Estado, porque en el mundo hay más de un Emperador, pero no más de un Miguel Angel.

«GLORIOSA PATRIA»

¿Quieres saber lo que es la Patria? Mira a lo lejos, muy lejos. ¿Ves?

¿Ves en el fondo de tu pueblo una casita rodeada de árboles, de romeros y rosales? ¿Ves cubierto el campo de ricos y dorados trigos? ¿Ves el río que se desliza retorciéndose entre campos y cañadas? ¿Ves el cementerio cubierto de cruces tan negras como la noche y de lápidas blancas como palomas? ¿Ves el colegio del pueblo donde el muchacho cursa sus primeros estudios, desarrollando su frágil memoria e imaginación, y donde, sobre todo aprende a querer y a amar a sus padres?

¡Cuántas, cuantas veces has acudido a clase para aprender de labios del maestro las primeras letras, los primeros números!...

Pues todo eso, que encierra un mundo de recuerdos y esperanzas, y al cual volverás después de haber cumplido uno de los mejores deberes del ciudadano, en donde te esperan reposantes de alegría tus padres y hermanos, todo eso y mucho más, es la Patria. También lo es el sol que ilumina y el cielo que cubre tu pueblo, todo eso es la Patria, y el pueblo donde naciste es un pedazo de esa Patria que se llama España, la inmortal, gloriosa y querida Nación nuestra.

Lo más sagrado de la tierra es la Patria, por eso debemos amarla con verdadero y acendrado cariño, con pasión sublime, con el amor más puro de los amores...

VARIEDADES

Las apuestas en los Estados Unidos

Tal vez en ningún otro país está tan extendida la costumbre de las apuestas como en los Estados Unidos. El yanque apuesta hasta por la menor cosa y la fantasía infantil de su carácter da a aquellas las formas más excéntricas e inesperadas. Así por ejemplo, durante la elección de Wilson un financiero muy conocido en Wall Street que apoyaba a Roosevelt, se comprometió, si Wilson ganaba la elección, a empujar una nuez con su bastón por las calles más concurridas de Nueva York, lo mismo que si se tratara de una pelota de golf. Como Wilson fue elegido, nuestro banquero tuvo que cumplir su promesa, con gran regocijo de los innumerables espectadores.

Otro se comprometió a subir a la estatua de la Libertad llevando un huevo erudo en equilibrio sobre un tenedor.

Las mujeres van aún más lejos. Una de ellas joven y bonita se comprometió, si perdía una apuesta, a no seguir en lo absoluto la moda durante varios años (verdadero acto de heroísmo para una «girl»)

Las memorias de un prestidigitador

Azaban de publicarse las memorias del gran ilusionista y prestidigitador Harry Wels que durante muchos años hizo las delicias de casi todos los públicos del globo.

Cuenta Wels, que uno de los números más sensacionales de su programa consistía en hacer aparecer en el interior de una naranja entera una moneda de plata de un dólar, sobre la cual había puesto previamente una marca. Por complicar más el «truc», hacía aparecer en seguida la pieza en cuestión en el bolsillo de un niño que formaba parte del público y al cual le hacía subir al proscenio. Wels reconoce que el niño era siempre un cómplice que tenía la pie-

za en su bolsillo desde antes de comenzar la representación. Un espectador cualquiera prestaba a Wels un segundo dólar que el prestidigitador marcaba naturalmente en la misma forma que el que se encontraba en el bolsillo del muchacho.

Una noche, después de haber sido muy aplaudido, comenzó a efectuar el número ya mencionado. Todo marchó admirablemente hasta el momento en que el prestidigitador pidió al niño que buscara si en el bolsillo derecho de su pantalón se encontraba por casualidad un dólar.

Cual no sería la sorpresa y contrariedad de Wels al observar que, contra la costumbre, el niño vacilaba y al fin sacó de su bolsillo un puñado de monedas de cobre. «Señor—dijo el niño—no me queda sino esto porque tuve mucha sed y me tomé una limonada...»

Una reconciliación histórica

Sabido es que durante algún tiempo existió un odio, al parecer irreconciliable, entre esas dos glorias de la literatura española, que se llaman Bretón de los Herreros y Larra.

Cuando el primero escribió la comedia titulada: *Me voy de Madrid*, creyeron muchos que había retratado a su amigo Larra en el protagonista de la obra. Este que se hallaba en el extranjero, al volver a Madrid dejó de saludar a Bretón de los Herreros, y este imitaba su conducta.

Después de algún tiempo, y notado que fué el disgusto del célebre director de teatros, señor Grimaldi, amigo y consejero de los poetas de aquella época, dispuso en sus salones un convite, al que asistieron el barón de Taylor, Carnerero, Ventura de la Vega y otras personas de letra. Bretón y Larra, que figuraban sin darse cuenta como héroes de la fiesta, ni se hicieron un saludo, ni se cruzaron sus miradas.

Empezó la comida, y durante toda ella giró la conversación sobre asuntos indiferentes. Al llegar la hora de los postres y del Champagne, se propuso un brindis, y Ventura de la Vega dijo con simpático acento:

El odio y rencor insano
del corazón se deseché:
el vate es del vate hermano,
si hay quien alargue una mano
yo sé que habrá quien la estreche.

Como si obedeciera a mágico influjo se puso en pie Larra y tendió su mano. Bretón, con lágrimas en los ojos, improvisó la siguiente quintilla:

No aguardaré a que comiences.
Quédese el furor odioso
para enemigos vascuences;
yo te vené rencoroso,
tu generoso me vences.

Se estrecharon después en apretado, fraternal abrazo y las lágrimas de emoción y de alegría asomaron a los ojos de todos los concurrentes a aquel cenáculo de la poesía, iniciándose, a partir de aquel momento, una serie interminable de brindis tan expansivos como ingeniosos.

CHISTES

Un hombre de calma

Escribía en su gabinete un dramaturgo muy conocido por su calma y su flemá inalterables, cuando de pronto entra un criado gritando:

—¡Señor, que hay fuego en la casa!

—Díselo a mi mujer—contestó sin levantar la cabeza de las cuartillas—; en las cosas de la casa yo no me meto.

Ajuste de cuentas

—Corresponden a usted quince duros—, dice un empresario a un cantante.

—*Má, signore impressario...*

—Mitad del producto líquido del concierto.

—*¡Un artista come io!*

—Eso ha dado el público y nada más.

—*Yo, che ho fatto furore in Napoli.*

—Pues no salga usted de Nápoles o tráigase usted de allí el furor y haremos negocio.

Me afeito solo

—¿Conoce usted, Don Robustiano, *El Barbero de Sevilla?*

—No, señor, me afeito solo.

EL CASTIGO

Pablito contaba cinco años. Era un niño estudioso, limpio y enemigo de las travesuras; no era malo, pero tenía el defecto de ser un poco caprichoso y desobediente.

Cierta vez, estando sentado a la mesa en compañía de sus papás, esperando que la cena les fuese servida, le dió la ocurrencia de coger un vaso y golpearlo con la cuchara, haciendo un ruido nada agradable que molestaba a sus papás.

La primera en corregirle fué su mamá, quien le dijo:

—Estate quieto, Pablito, que molestas.

Pero él, erre que erre, no hizo caso del mandato y continuó golpeando el vaso. Esto dió lugar a que su papá le dirigiera una severa y amenazadora mirada.

Pero Pablito no era niño que se asustaba por tan poco, y continuó impasible su tarea.

—Que vas a romper el vaso, hijito—dijo su mamá un tanto incomodada.

Y Pablito continuo con el impertinente tilín tilín del vaso y la cuchara.

—¿Quieres estarte quieto, muchacho?—gritó su papá, algo picado.

Y parece que el niño se encontraba dispuesto a recibir el chaparrón, porque no parecía decidido a cesar en su antojo; antes bien, redobló los ruidos.

Cansado ya su papá, se levantó, y cogiendo a su hijo, le zarandeó y golpeó de lo lindo. Momento hubo en que parecía cegarse aquel padre castigando a su Pablito.

La suerte del niño fué que su mamá lo arrancó de los brazos de su padre y le condujo a la cama.

Allí lloró todo cuanto tuvo que llorar; pero su mamá le colmó de besos y caricias e hizo que callara. Y para que le dejaran quieto, que era lo que Pablito deseaba, cerró los ojos y se hizo el dormido.

En aquel momento entró su papá de puntitas para no despertarlo, y se acercó a la cama.

—Mira, mira—dijo la mamá de Pablito hablando quedo para no despertarlo—, mira como le has puesto sus delicadas carnicitas.

Y diciendo esto, destapó cuidadosamente a Pablito y mostró a su esposo las piernecitas de su hijo, llenas de moraduras.

—Has sido muy cruel, Arturo, con nuestro hijo—volvió a decir la mamá, dejando asomar por sus ojos dos gruesas lágrimas;— le va a costar una enfermedad.

Y entonces, aquel hombre de hierro, aquel padre tan severo, se inclinó y depositó en las ardientes mejillas de su hijo un beso.

Pablito, que estaba despierto y oyó toda la conversación, comprendió que su papá le había castigado, no porque le odiaba, sino porque quería que se modificara en aquel vicio. Desde entonces fué sumiso y obediente, y no volvió a ser caprichoso.

Este relato me lo contó un amigo, que fué el protagonista del citado sucedido, y en ocasión de habernos encontrado un día en el tren, hablando entre otras cosas me lo refirió.

Yo he querido relatároslo a vosotros para que veáis en él el por qué os castigan a veces vuestros padres. Que muchos de los que me leáis creáis, sin duda, que lo hacen porque no os quieren. Si es así os engañáis lastimosamente, queridos niños; pues habéis de saber

que nada sabe tan mal a un padre como tener que castigar a su hijo, y si lo hace, es porque quiere evitar a todo trance las malas costumbres de aquél.

¿Sabéis, pues, lo que significa el que un padre castigue a su hijo?

Significa amor; significa vivos deseos de que su hijo viva feliz el día de mañana, significa, en una palabra, que su hijo siga el recto sendero que ha de llevarle a la felicidad eterna.

Por eso, cuando vuestro papá os reprenda, no oséis preguntar por qué, pues aun cuando ahora no lo comprendáis, día llegará en que bendeciréis aquel bendito momento que os colmó de cachetes.

Y cuando veáis que a un niño travieso no le reprenden sus papás, compadecidle, que ese niño, acostumbrado a no ser contrariado en sus caprichos, no podrá resistir la más pequeña contrariedad, dando lugar a la desesperación, que seguramente le hará desgraciado.

No toméis a mal, queridos niños el que vuestros padres os reprendan, que no lo hacen por falta de cariño sino por bien vuestro, como al principio de mi escrito se demuestra.

Es un consejo de vuestro amigo,
TOMASIN.

¿Qué es el amor?

¿Qué es el Amor chiquilla,
tu que has amado
sabrás decirme algo
del dios vendado?

¿Es perfume de rosa
encantadora?

¿Es gota de rocío
con luz de aurora?

¿Es trino melodioso
de ruiseñores?

¿Es arco que refleja
siete colores?

¿Es brisa confortable
de primavera,
que besa violetas
en la pradera?

¿Es arpegio de lira
que nuestra mente,
adormece cual madre
cándidamente?

¿Es topacio, brillante,
verde esmeralda?

¿Es la flor más hermosa
de una guirnalda?

¿Qué es el Amor? contesta
niña querida;

¿es cosa duradera
o que se olvida?

Por los ojos aquellos
de quince años,
se asomó un alma llena
de desengaños.

¡Ay amiga querida...
¿no lo adivinas?

El Amor tiene rosas
y tiene espinas!

ANTONIA GOMILA GUASTEVI

CONSEJOS ÚTILES

Las manchas que deja el barro en el paño, se quitan mezclando: alcohol de 90 grados, 150 gramos; esencia de trementina, 160; amoníaco líquido, 115; éter acético, 15; agua 150.

Mezcladas todas estas substancias, suméjase durante una hora por lo menos la parte de paño que conserva la mancha del barro y enjuáguese después con agua clara, dejándolo secar al aire libre.

Las botellas se limpian perfectamente metiendo dentro de ellas unos pedazos de papel y agua y agítandola.

Por muy sucia que esté la botella no se resistirá al procedimiento.

Imp. de M. Sintet Rotger. — Mahón